

EL CADÁVER DE JESÚS



D. JOSÉ ALEDÓN ESBRÍ

(Canyamelar). Investigador sobre la historia y tradiciones valencianas. Autor de numerosos artículos y conferencias.

Jesús de Nazaret fue ejecutado a las afueras de Jerusalén por orden de Poncio Pilato, Prefecto de Judea. Fue clavado en una cruz un viernes a las doce del mediodía, muriendo a las tres de la tarde del mismo día. Fue pues realmente breve su permanencia en la cruz comparada con la de la mayoría de los condenados a semejante suplicio. Cuando los condenados a la crucifixión resistían lo que sus ejecutores consideraban demasiado tiempo, les fracturaban las piernas con mazas o barras de hierro para acelerar la muerte. No hizo falta emplear tal medida con Jesús pues ya no mostraba signos de vida pero el exactor mortis romano, cumpliendo con su misión, ordenó dar una lanzada al cuerpo del ejecutado, certificando así su muerte. Esa certera lanzada produjo una considerable hemorragia. Así lo narra Juan, el discípulo amado, en su evangelio¹.

Sin pérdida de tiempo, José de Arimatea, discípulo secreto de Jesús, hombre rico y consejero respetado del Sanedrín, solicita de la autoridad romana la obtención del cadáver de su maestro. Se le concede y, ayudado por Nicodemo, desclavan el cuerpo de Cristo, lo colocan en una sábana nueva y lo llevan a un huerto, cercano al lugar del suplicio, en el que el citado José tenía reservado un sepulcro para él y

su familia en el que nadie había sido colocado todavía.

JESÚS YACENTE

Jesús era judío, de la tribu de Judá y descendiente del rey David. Aunque esto puede parecer una obviedad es pertinente recordarlo por lo que consideraremos a continuación a la luz de lo que narra el citado evangelio de Juan: “Llegó Nicodemo, el mismo que había venido a Él de noche al principio y trajo una mezcla de mirra y áloe², como unas cien libras. Tomaron pues el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos”³.

¿Cuál era - es, con ligeras variaciones - esa “costumbre de sepultar entre los judíos”? Teniendo en cuenta que un cadáver es algo impuro para el judío, antes de la inhumación hay que proceder a su purificación. Ésta comienza con el lavatorio funerario ritual (“tahará”) en el cual el cadáver es sometido a un meticuloso y complejo proceso de lavado y aseo, desposeyéndole también de cualquier objeto o adherencia ajena al cuerpo siguiendo el precepto bíblico “Como desnudo salió del seno de su madre, desnudo retornará”⁴. En ese lavatorio el agua a usar debe ser tibia y todo debe ha-

¹ Jn 19,34: “uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua”.

² Se trata de Aquilaria agallochum.

³ Jn 19,40.

⁴ Eclesiastés 5,14.



Preparando el cuerpo de Jesús

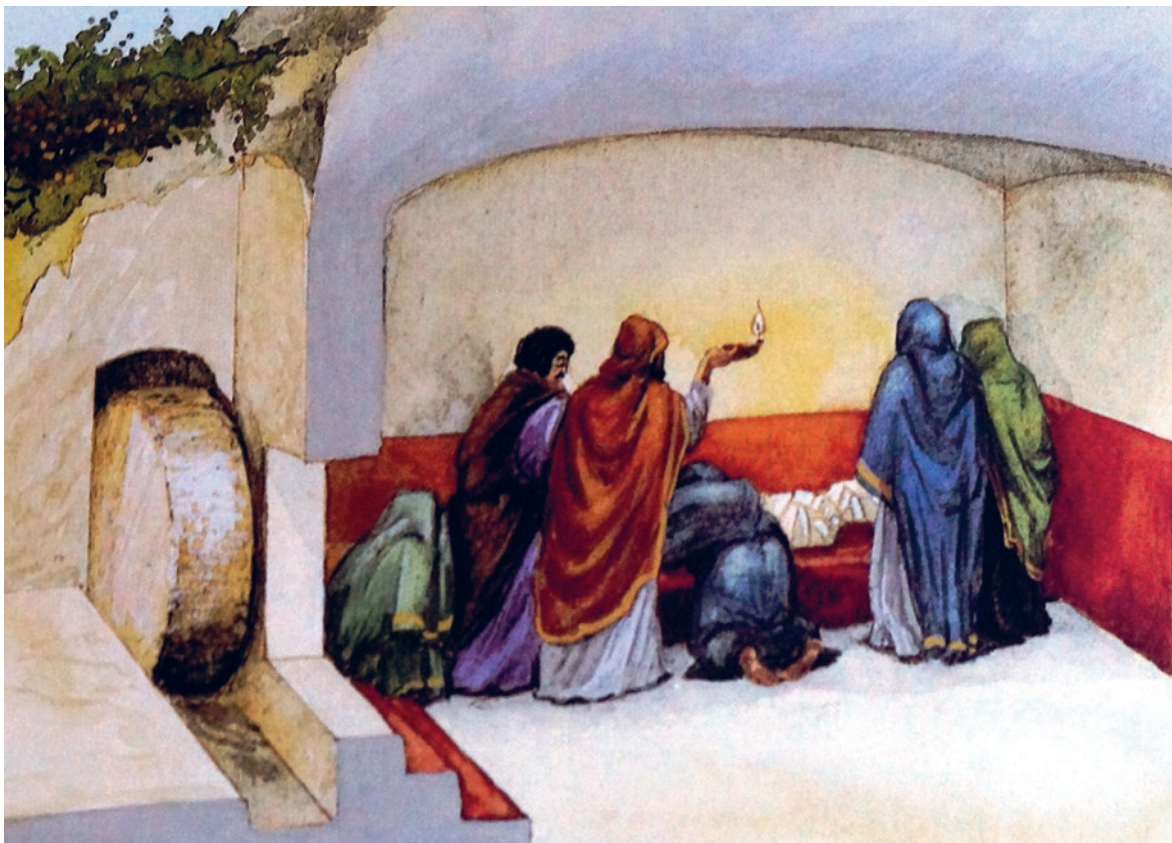


Ilustración del Interior del Sepulcro

» EL CADÁVER DE JESÚS. D. JOSÉ ALEDÓN ESBRI

cerse siguiendo un orden determinado, acompañado de ciertas oraciones especiales para la ocasión. Hay también una rigurosa separación de sexos en este ritual aunque, en ciertos casos, mujeres lo pueden llevar a cabo en el funeral de un hombre. Parte del mismo es envolver el cadáver en un sudario de lino blanco, cosido a mano, teniendo especial cuidado en cubrir previamente con otro pequeño lienzo el rostro del difunto. Una vez realizada esta operación se introduce el cuerpo en un ataúd de madera, muy sencillo y sin elementos metálicos, para ser inhumado.

En esto consiste, a grandes rasgos, la "tahará" o "costumbre de sepultar entre los judíos" desde tiempo inmemorial.

Esta descripción del rito funerario hebreo es pertinente porque, a poco que le prestemos atención, podremos encontrar ciertas discrepancias tanto con el arte sacro como con la Sindonología o estudio científico de la Sábana Santa. En ambos casos es patente la presencia de sangre en el cuerpo del yacente. ¿Cómo casa esa "costumbre de sepultar entre los judíos", consistente nada menos que en un meticuloso lavado del cadáver, con la presencia -representada en el caso del arte y real en la Sábana Santa - de sangre en el cadáver yacente del Crucificado?

Toda regla tiene su excepción y toda ley su interpretación así, en los casos de muerte violenta en la cual ha habido efusión de sangre, sencillamente no

se lleva a cabo el lavatorio funerario ritual o tahará, debiendo sepultarse el cuerpo con la ropa que llevaba en el momento de la muerte. Si, por alguna causa, después de la muerte alguien ha desnudado el cadáver hay que recuperar esas ropas ensangrentadas y colocarlas a los pies del finado.

Jesús perdió sangre durante la flagelación, siendo su espalda y costados desollados. Esa sangre no se tiene en cuenta en las prescripciones religiosas judías y se le podría haber practicado el lavatorio funerario convencional, pero la sangre vertida en el momento de la muerte o inmediatamente después sí desautoriza la tahará o lavatorio funerario. Por tanto, podemos sostener con fundamento que el cadáver de Jesús yacente conservó únicamente el perizonium o "pañó de pureza", manchado con la sangre vertida al ser punzado con la lanza para asegurar su muerte. Ello es compatible con la iconografía relativa al entierro de Jesús así como con las conclusiones aportadas por la Sindonología.

"Parte del mismo es envolver el cadáver en un sudario de lino blanco, cosido a mano, teniendo especial cuidado en cubrir previamente con otro pequeño lienzo el rostro del difunto."

"CIEN LIBRAS DE MIRRA Y ÁLOE"

Eso es lo que aportó Nicodemo, el fariseo abierto de mente que una noche fue a visitar a Jesús para mostrarle su respeto y admiración y con quien mantuvo una importante conversación. La falta de valor que mostró en vida del Maestro la compensó con este presente póstumo, propio de un rey, pues esas "cien libras" corresponden a unos treinta y dos kilos de carísimas



Sepulcro Judío

sustancias aromáticas para ungir los despojos de su secreto maestro, tributándole así un postrer homenaje. Una vez ungido el lacerado cuerpo de Cristo se procedió a envolverlo en la mortaja: el sindón o sábana, no sin antes cubrir su rostro con el sudario, vendando todo ello con anchas fajas de lino blanco, como era preceptivo.

Esta dramática operación se llevó a cabo, a la luz de antorchas y candiles en el interior de ese "sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado" propiedad de José de Arimatea. Para describirlo nos valdremos de lo que escribió Henri Petiot, prestigioso historiador y escritor francés, conocido literariamente como Daniel Rops: "Este sepulcro era del clásico tipo palestino, semejante a aquel del que salió Lázaro. Componíase de dos partes, excavadas ambas minando la colina; primero, un vestíbulo a cuyo fondo se abría una puerta baja que daba acceso a la tumba propiamente dicha; ésta, casi cuadrada (2,07 x 1,93 mts.), era una especie de camarilla en cuyo muro se había acondicionado una banqueta destinada a recibir el cuerpo. Se cerraba con la ayuda de una piedra muy pesada, una especie de muela que, cuando estaba abierta, se retiraba a un

soporte de suave pendiente, sujeta por un perno que bastaba quitar para que resbalara la masa y obstruyera la entrada"⁵.

Aunque nada se dice en los evangelios canónicos, cabe la posibilidad de que las santas mujeres, que en ningún momento abandonaron a Jesús, pudieran haber participado en la operación funeraria citada.

Conviene igualmente recordar que para los discípulos de Jesús, incluso para sus más allegados, la muerte ignominiosa del maestro supuso un duro golpe, llegando a pensar que todo había sido una vana ilusión, teniendo que ser el mismo Cristo, una vez resucitado, quien les convenciera de su vuelta a la vida, siendo uno de los casos más conocidos el protagonizado por Tomás, el apóstol, quien tuvo que tocar las heridas del Resucitado para creer.

Hay que tener en cuenta que el judaísmo de tendencia farisaica - el más extendido y del cual ha derivado el posterior - en el tiempo de Jesús asociaba la resurrección de los cuerpos a la Era Mesianica, período de máxima prosperidad y desarrollo del pueblo de Israel, dirigido por un mesías nacionalista que reuniría allí a los judíos de todo el mundo y restablecería la pureza del culto en el Templo de Jerusalén. Sería en la culminación de dicha Era cuando tendría lugar la resurrección generalizada de los judíos muertos. Se trataba pues de una resurrección colectiva y no individual.

Es oportuno este recordatorio porque, si sus más íntimos discípulos dudaron de la próxima, casi inmediata, resurrección de su maestro, a pesar de sus enseñanzas sobre este particular, qué no pensarían aquellos más distantes en el trato con Jesús, como eran José de Arimatea y el mismo Nicodemo sobre su posible vuelta a la vida. Esa fue la razón de que José cediera su sepulcro para depositar el cuerpo de

⁵ Rops, D. (1969): Jesús en su tiempo. Círculo de Amigos de la Historia. Madrid, p. 321.

>> EL CADÁVER DE JESÚS. D. JOSÉ ALEDÓN ESBRI



Imagen de Cristo Yacente de la Hermandad del Santo Sepulcro de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario

Cristo, residente habitual en Galilea, pues era costumbre, en los casos de defunciones fuera del lugar de residencia habitual de alguien, se le sepultara durante un año donde sucediera el óbito, practicándosele debidamente el ritual funerario judío para, al cabo de dicho tiempo (el preceptivo para haber tenido lugar el descarnamiento del cadáver), abrir de nuevo la sepultura, excavada en la roca o en la misma tierra, tomar los huesos, someterlos a un escrupuloso lavado y, colocados en una arqueta de piedra, llevarlos al sepulcro familiar, siendo este el entierro definitivo.

EL SANTO SEPULCRO Y LAS GRANDES PEREGRINACIONES.

A partir del siglo IV los cristianos del mundo entonces conocido, si sus posibilidades lo permitían, visitaban Jerusalén con la intención de orar en el lugar donde estuvo la tumba de Cristo. Tras la conquista de Tierra Santa por los musulmanes en el año 638 se interrumpieron las peregrinaciones hasta que Carlomagno estableció un pacto con el califa Harun al-Rashid gracias al cual los cristianos de todo el orbe podrían visitar de nuevo los Santos Lugares en un clima de seguridad. La cosa cambia a

peor en 1071 cuando Constantinopla cae en poder de los turcos selyúcidas y el peregrinar se hace mucho más complicado y peligroso. Ello dará origen, años después, a la Primera Cruzada, peregrinación armada que supuso un punto de inflexión en la relación entre Oriente y Occidente. Uno de sus objetivos, si no el principal, era la recuperación de Tierra Santa, con el Santo Sepulcro como eje central, para la Cristiandad. En ese contexto se crea la Ordo Equestris Sancti Sepulcri Hierosolymitani, es decir, la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén en el año 1098, cuyo emblema es una cruz formada por cinco cruces rojas que simbolizan las cinco llagas de Cristo.

EL SANTO SEPULCRO EN LA SEMANA SANTA MARINERA

El Santo Sepulcro con Jesús Yacente, obra del imaginero Inocencio Cuesta, imagen titular de la Hermandad del Santo Sepulcro, adscrita a la Parroquia de Nuestra Sra. del Rosario, en el Canyameler, participa cada año en las celebraciones callejeras de la Semana Santa Marinera de València cerrando la solemne Procesión General del Santo Entierro la noche del Viernes Santo.